

Un liberalismo para el siglo

XXI

Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno

José María Lasalle

2017. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial

Ciberleviatán. El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital

José María Lasalle

2019. Barcelona: Arpa&Alfil Editores

El liberalismo herido. Reivindicación de la libertad frente a la nostalgia del autoritarismo

José María Lasalle

2021. Barcelona: Arpa&Alfil Editores

La finalidad de Lasalle es hacerse cargo, en la nueva situación histórica de globalización financiera, de la teoría del liberalismo con el cometido de im-

pedir que el tsunami político populista sea irreversible y definitivo. Teoría que edificó, sobre el solar del Antiguo Régimen, una democracia liberal, garante, mediante políticas de progreso, del ejercicio de la libertad de las personas y, en concreto, del ejercicio de sus capacidades de elección y decisión autónomas. Tales políticas se han cuestionado, desde la filosofía libertaria digitalizada de las corporaciones tecnológicas de Silicon Valley, por considerar que su aplicación obstaculiza el desarrollo de la revolución digital y sumerge la democracia “en un resentimiento colectivizado que debilita el emprendimiento como motor del progreso”. Dicha filosofía reconoce abiertamente que el progreso solo se da “gracias a una libertad absoluta del individuo frente al Estado”, y pretende lograr la independencia de la humanidad de la política y de los políticos para que “se gobierne ella a sí misma gracias a la tecnología”. Para ello, esta filosofía opta por un populismo cesarista, un populismo “que

quiere resetear los fundamentos del liberalismo” y transformar la democracia liberal en una democracia populista convertida en un ciberleviatán, en una democradura tecnológica que fusiona “la democracia y la dictadura mediante un gobierno esencialmente iliberal que, sin embargo, mantiene el aspecto exterior de una democracia”. Una democracia que sigue siéndolo solo en apariencia, “pero que resignifica sus presupuestos y modifica sus bases y fundamentos conceptuales mediante un giro autoritario que verticaliza la relación con el poder” (2021).

Como señala Rosanvallon (*El siglo del populismo*, 2020. Barcelona: Galaxia Gutenberg), la democracia evoluciona de nuevo porque nunca fue un universal predeterminado, estable e inamovible. La democracia nació movediza. Algo que se ha evidenciado en la historia. Ahora nos enfrentamos “a una nueva mutación que hace que se decline probablemente como una democracia personalista, directa, polarizada e inmediata”. Una democracia cesarista al servicio de una ira dogmatizada y antidemocrática, y que coloca a las democracias liberales en una situación de vulnerabilidad extrema. Una democracia gobernada a golpes de autoridad y sin más limitaciones “que el alcance de la seducción de sus líderes”, y en la que el gobierno decide por todos dentro de la experiencia colectiva de un mercado total, al convertir al mercado en un sustituto del Estado. Así, “mien-

tras este se despolitiza, aquel se politiza hasta convertirse en un Mercado total”. De este modo, se produce por la vía de los hechos “una reconfiguración del fascismo a través del mercado. Una resignificación neoliberal del orden en donde el Estado y el mercado se hibridan como una estructura disciplinaria que normaliza una teología del *laissez faire* tecnologizada”.

Dicha teología emergió, y lo hizo con la aparición del librecambismo de la Escuela de Manchester, en el siglo XIX, que menospreció los principios morales del liberalismo democrático del siglo XVIII, fomentando otros estrictamente económicos. Y lo hizo ensalzando los méritos de la Revolución Industrial y del capitalismo industrial, cuyos motores de desarrollo están en la propiedad privada y en la libertad del comercio y empresa. Para los librecambistas, igual que para sus herederos los neoliberales, la innovación técnica y científica, que fomentó el industrialismo, constituye la “base de la prosperidad y requería un empresariado libre de contratar masivamente. El telar, la máquina de vapor y el ferrocarril son los artífices del progreso al destruir las bases de la economía agraria del Antiguo Régimen” (2021). El progreso, para los librecambistas, se fundaba “en salarios bajos e intercambios transfronterizos sin aranceles. Una decisión que ideologizó económicamente la libertad, alineó la vida colectiva bajo la forma idealizada de una empresa e instau-

ró un determinismo que justificaba la desigualdad como consecuencia salvable de la libre iniciativa y la competencia” (2021).

Una teología que ha emprendido una cruzada ideológica, configurando una superestructura ideológica que acompaña al desarrollo de la globalización: el neoliberalismo (Baricco, Alessandro. *Next. Sobre la globalización y el mundo que viene*. 2009. Barcelona: Anagrama). Una cruzada contra la izquierda mundial, contra el socialismo y su aliado, el liberalismo social y democrático, al que acusa de traicionar sus orígenes al promover el Estado social. Una cruzada llevada a cabo mediante infraestructuras digitales de vigilancia que centralizan datos y diseñan algoritmos, y que nos conduce a la democratización, la cual nos aboca a una forma de dominación técnica sin contestación ni disidencia. Por eso, el cometido del liberalismo democrático en el siglo XXI es recuperar el liberalismo originario, un liberalismo herido, entre otras cosas, “porque la libertad pensada por la Ilustración ya no sirve si queremos emanciparnos de un mundo que ha relativizado la verdad y nos acostumbra a vivir dentro de un orden de vigilancia y control algorítmico deseado cada vez por más gente” (2021). Un liberalismo que llegó como el programa político de la Modernidad ilustrada que derribó al Antiguo Régimen, el feudalismo y la tutela moral de las iglesias, pero que hay que adaptar al siglo XXI, a efectos

de salvaguardar la libertad y combatir el miedo sobre el que se funda el ciberleviatán, en una era asociada a la globalización y marcada por el reto de la consumación del Antropoceno y sus dinámicas de movilización utilitaria del planeta.

Un liberalismo reformado que “ha de centrarse en salvaguardar la capacidad de elección del ser humano manteniendo su disponibilidad emancipadora y crítica y su apertura a la amistad”; un liberalismo al servicio de una democracia igualitaria y solidaria que hace progresar la prosperidad de la mano de una arquitectura institucional orientada a promover “la felicidad del mayor número y su seguridad jurídica frente a la arbitrariedad y el egoísmo del poder”; un liberalismo que ha de propulsar la sublevación contra cualquier forma de poder cesarista que tienda a hacerse ilimitado. Sublevación que, en sus orígenes ilustrados, conectaba la subjetividad moderna con el concepto de ciudadanía, y que estaba ya inscrito en el relato fundacional de la revolución inglesa de 1688, la norteamericana de 1776 y la francesa de 1789. Relatos que hay que activar e instrumentar contra el dispositivo ideológico populista, un dispositivo altamente, también, insurreccional que “desplaza al liberalismo como eje de legitimidad política de la democracia” (2021).

Un populismo que se presenta como “imparable” y que se asienta sobre la mentalidad californiana que im-

pulsa en Occidente “la revolución digital”, y que trabaja en “alinear voluntades contra la democracia liberal”, reconfigurando el gobierno liberal hacia otro neoliberal, que ha convertido al dispositivo ideológico neoliberal en “una especie de lengua franca de la economía global”. Ha ayudado a ello “que China y la mayoría de los países asiáticos asumieran sus dogmas, mientras despreciaban el humanitarismo liberal, pero, sobre todo, que el siglo XXI encadenara una crisis tras otra y que el desenlace de las mismas fuese ver cómo la confianza social en las virtudes del binomio humanitario que equilibraba libertad e igualdad perdía apoyos” (2021). Dicho dispositivo se ha construido en torno al problema de la reconstrucción política de la nación y está sometiendo a la presión nacionalista todos los sistemas sociales y políticos democráticos. Asimismo, a pesar de su heterogeneidad, trata de reventar “la arquitectura de la democracia liberal surgida del siglo XVIII”, apoyándose en los cesarismos que actúan como heraldos de una dictadura tecnológica “que se presenta ante la sociedad como una urgencia de orden y seguridad” (2017), dictadura que avanza a medida que, en nuestro mundo posmoderno, la revolución digital progresa y se tambalean los poderes analógicos, esto es, la estructura analógica del mundo moderno, unos poderes asociados y ejercidos mediante una institucionalidad política democrática, apoyada “en el diálogo y la

interacción respetuosa con los otros dentro de un reconocimiento recíproco de derechos y obligaciones” (2017).

La dictadura tecnológica tiene que ver con el uso intensivo y masivo de dispositivos inteligentes que la élite innovadora de las grandes corporaciones usa y propaga, y que ha favorecido “la aparición de una humanidad algorítmicamente asistida”, provocando cambios en la fisionomía moral del ser humano, removiéndose sus raíces analógicas y emergiendo un nuevo fenotipo antropológico: el *Homo digitalis*. Esta cibermutación del ser humano retroalimenta la revolución digital y provoca que se acelere y expanda cuantitativa y cualitativamente. Esta revolución, señala Lasalle (2017), tiene una estructura tecnológica, pero además tiene una superestructura humana y cultural que habita una multitud que vive en los datos, que los genera y los consume mediante filtros algorítmicos que van condicionando su capacidad decisoria y cognitiva, percutiendo en su visión del mundo y en sus modelos de interpretación”. Esta cibermutación del ser humano ha trascendido las fronteras nacionales, generacionales y clasistas, y lo proyecta y configura como “una especie de proletariado digital que propaga comportamientos globales de normalización y homogeneización” (2017), comportamientos que están trastornando “la cosmovisión ilustrada y la idea de contrato social que legitima el derecho a la acción

política y al cambio reformista desde la institucionalidad legal y las estructuras deliberativas” (2017).

El *Homo digitalis*, ciberadaptado al medio digital, conectado permanentemente, desubicado de las coordenadas espacio-temporales y cuya sociabilidad se vincula a su propia activación en la red, se ha ido desprendiendo de su piel analógica. Esta ciberadaptación, que ha alterado la forma de ser y actuar de los seres humanos, también ha alterado su forma de vivir la política, lo que explica el auge, vinculado a los populismos, de un dispositivo ideológico de base cibernética que, en las primeras décadas del siglo XXI, ha incorporado los hábitos tecnológicos, asociados al digitalismo, a efectos de derrotar la institucionalidad democrática liberal. Esto acaece en un contexto histórico en el que el malestar y el miedo “avanzan mientras sucumbe el bienestar y la confianza en el futuro” (2017). Este es el momento en que el populismo, utilizando la democracia liberal para la conquista del poder, y exaltando e intensificando las emociones de la multitud, de la plebe, busca formas de democracia popular ajenas al marco simbólico liberal, formas que reflejan el dominio global del capitalismo financiero (Villacañas, J. L. *Populismo*. 2015. Madrid: La Huerta Grande).

Hacer frente a la amenaza iliberal del populismo es el objetivo de Lasalle, que define “como una experiencia ansiógena que sacude la psique de Occidente y lo precipita a una neurosis colectiva de

miedo y resentimiento” a consecuencia de la frustración colectiva causada por el derrumbe de las Torres Gemelas. Es, además, la “resaca emocional de saberse desposeído de las conquistas de bienestar y de derechos que se consiguieron generacionalmente desde la Segunda Guerra Mundial” (2017). Se trata del referente histórico que llamamos Estado de bienestar, cuya crisis institucional, junto con el fin de la Guerra Fría, con la derrota soviética y el desplome del Pacto de Varsovia, creó la técnica discursiva dominante en los años noventa en torno al Estado mínimo, la ciudadanía democrática como experiencia básicamente consumista y la sacralidad economicista del mercado desregulado. De este modo, la mano invisible del mercado se convirtió en el motor del neoliberalismo y de la prosperidad que aportaba, sentando las bases del populismo, al constatarse, con la crisis económica y financiera de 2008, que la prosperidad del neoliberalismo era una mera ficción.

Esta ficción ha llevado “a millones de estadounidenses y europeos a respaldar los liderazgos populistas que hacen estremecer nuestra institucionalidad liberal” (2017); detrás de esta institucionalidad no está la nación, sino la casta, una élite, una oligarquía que se beneficia de su administración. Por el contrario, los liderazgos populistas, que necesitan de líderes carismáticos, aspiran a configurar nacionalmente al pueblo, encarnado en

una plebe, es decir, en la gente. Esto significa, por un lado, que el pueblo es una sinécdoque de la nación y, por otro, que hay un antagonismo entre la nación y la casta. En este antagonismo, el pueblo opera mediante el líder, que representa y actúa en nombre de la nación. El líder, señala Villacañas (2015), “es el momento singular y trascendente y por su nombre se produce la identificación de la unidad del grupo. Peronismo, chavismo, castrismo son ejemplos de esta índole”. El líder configura la nación como una comunidad ético-política cuyo principio de orden reside en la unidad de la nación y se articula por la diferencia amigo/enemigo. De ahí que, bajo el populismo, se vive en un estado de guerra perpetua dentro de la sociedad. El objetivo es derrotar a los enemigos de la gente, de la nación y a todos los que exhiben el *spleen* conformista, inmovilista y decadente de las castas” (Lasalle, 2017).

El respaldo que obtiene el líder carismático, y su relato de movilización/regeneración colectiva, se debe a que en él se proyecta una frustración individual convertida en un problema colectivo. La técnica discursiva populista gestiona, a efectos de conseguir el poder y su conservación, la dialéctica amigo-enemigo, que suma el miedo y el resentimiento como activos políticos, unos activos que articulan la experiencia cotidiana de las clases medias azotadas por las crisis y también las llamadas generaciones *millennial* y

post-millennial, “que viven condenadas a un estatus de precariedad que las aboca a sobrevivir sin muchas posibilidades de romper el cerco de la vulnerabilidad profesional en el que se desenvuelven”. Y es que, señala Lasalle (2017), “el miedo es el acompañante de casi todo lo que nos pasa. Y con él, la potencialidad emergente de liderazgos que aspiran a administrarlo al servicio de un proletariado emocional que piensa que, si la política democrática y el mercado no desvelan y propulsan nuevas esperanzas, no tiene sentido afrontar su defensa”, y que no tiene sentido tampoco apoyar la democracia liberal y los principios epistemológicos que han fundado “las libertades, entre otras, las de prensa y pensamiento, así como su conexión con la búsqueda de la verdad basada en una factualidad empírica”.

Todo esto conduce a que el populismo plantee un modelo de democracia alternativa, y “para lograrlo propone una fórmula posmoderna de sociedad cerrada que se sustenta en el resentimiento y el miedo, y que parte de una reconfiguración corrompida del concepto de pueblo. Ya no hablamos de aquella idea que manejaron las revoluciones atlánticas para definir la suma de los ciudadanos que daban soporte colectivo a la soberanía nacional que fundamentaba la ley y se sometía a ella. No: hablamos de otra cosa. El populismo apela al pueblo no como sujeto, sino como víctima. Es el depositario de un derecho de venganza, el que re-

claman los humillados y ofendidos por un sistema de castas que ha hecho de la democracia un trampantojo de sí misma” (2017). Es más, puede afirmarse que el populismo lo que pretende es enemistar “y pasar factura a ese enemigo interior de la gente que son las élites, la clase política o cualquier otra forma de patriciado que fije una frontera clasista que aparte a la gente común de las pautas normalizadoras de la sociedad. Portavoz de esa nueva plebe posmoderna que es el proletariado emocional, el populismo centra su combate demagógico en minar los fundamentos de legitimidad del Estado y de su institucionalidad democrática. El objetivo es que emerja una nueva mayoría que aspire a ser permanente, una especie de coalición negativa o reactiva capitaneada por un líder y que nos aboque a una democracia plebiscitaria con el único proyecto de combatir a su antagonista” (2017).

En definitiva, en las primeras décadas del siglo XXI, el populismo, mediante la actual disrupción tecnológica, provocada por la revolución digital, se está transformando en un ciberpopulismo por las dinámicas de digitalización de las multitudes que instrumentaliza, dinámicas en las que los hechos pesan menos que las emociones y sensaciones, y en las que la posverdad pesa más que la verdad. Tal posverdad revela el imperio de una “voluntad de poder que admite todo como posible” (2017). La consecuencia es que el po-

pulismo es una manifestación del poder abusivo y expansivo del totalitarismo posmoderno, que amenaza “hoy la supervivencia misma de la institucionalidad liberal del conjunto de las sociedades abiertas” (2017). Para lograr la sublevación liberal, Lasalle plantea un liberalismo para el siglo XXI a través de un pacto entre la técnica y el hombre, pacto que denomina “liberalismo y/o humanismo tecnológico”; un humanismo tecnológico abierto a la experiencia liberadora de una democracia que encuentra “en la técnica una aliada y no su verdugo” (2017). Una democracia apoyada en un liberalismo tecnológico dispuesto a continuar siendo el motor de progreso, cambio y dignificación del ser humano, un ser renovado que ha de desarticular la estructura de monopolios sobre la que se desarrolla el actual capitalismo cognitivo, y que ha de sustituir el proletariado cognitivo por una ciudadanía digital que vea garantizada “lo que Rawls denominaba la posición original desde la que los seres humanos deciden los principios básicos de justicia” que han de conformar “la sociedad digital” (2017). Principios que son la base del liberalismo, como el pluralismo, la primacía de las leyes e instituciones, la convicción de que el progreso surge de la innovación técnica y científica, del impulso del talento individual y de la difusión socializada de sus avances, y de que el poder siempre ha de estar al servicio de los gobernados. Lo que no solo “significa que no

podrán ser maltratados ni excluidos por razón de su identidad o creencias, sino que, además, el poder está limitado en su capacidad de acción, pues no podrá entrometerse en la vida privada de sus gobernantes, interferir en cómo administran sus iniciativas empresariales y decisiones económicas, o cómo desarrollan y dan a conocer sus opiniones” (2021).

Con el objetivo de defender estos principios, la teoría liberal frente al populismo, la reflexión de Lasalle destila una vocación insurreccional en apoyo de la opción liberal, que, como paradigma político, es la única opción alternativa al paradigma político populista. Este objetivo marca la estrategia que aborda Lasalle en los tres ensayos: *Contra el populismo* (2017), *Ciberleviatán* (2019) y *Liberalismo herido* (2021). La pregunta que se desprende de los tres ensayos es si hay margen suficiente, en la actualidad, para cuidar la democracia, para cuidar el institucionalismo liberal, en definitiva, para cuidar la libertad frente a la pesadilla totalitaria que deriva del populismo, que asume tanto un comunitarismo sentimental como una utopía anarco-libertaria y que amenaza con “levantar un formidable Leviatán digital” (2017). Un ciberleviatán construido a través de un capitalismo cognitivo liderado por las plataformas tecnológicas (Microsoft, Apple, Amazon, Alphabet, Facebook, Alibaba, Tencent...), “que se han convertido en un sistema de dominación cultural que está logrando

que mute la subjetividad moderna y se desdibuje la libertad” (2019), un sistema digitalizado de poder que resulta ser una estructura de sistemas algorítmicos que instaura “una administración matematizada del mundo que alcanza la Tierra entera”.

El ciberleviatán, que descansa en la inteligencia artificial, los algoritmos, la robótica y los datos, resulta ser “el reinado político de un mundo desprovisto de ciudadanía, sin derechos ni libertad” (2019), un mundo en manos de un tecnopoder que administra “los resortes más profundos de la revolución digital sin control democrático ni interferencias legales” (2019), y en el que se muestra la obsolescencia de la idea de ser humano, tal y como la filosofía transhumanista expone con su visión de la retirada del cuerpo y su sustitución por prótesis digitales inmersivas a través de dispositivos inteligentes. En este mundo lo único salvable del “obsoleto concepto del ser humano es su conciencia” (2019), un mundo en el que la subjetividad se está deslocalizando del cuerpo “para migrar hacia los dispositivos inteligentes”, provocando una transformación virtual de la subjetividad humana.

El ciberleviatán, abrazado al capitalismo cognitivo, sin regulación y profundamente desigual, que ha provocado una mutación radical de la “fenomenología de la sensibilidad humana debido a que la técnica ha dejado de ser instrumental para ser inmersiva”, una

técnica que ha convertido al hombre posmoderno en una especie de *ciborg*, de *Homo digitalis*, que ha matematizado su vida gracias a nuestra progresiva dependencia de ella, “y que está propiciando una alteración de la psicología individual y colectiva”, en el sentido de que predispone “a aceptar el control por el control mismo”, a asumir acriticamente el establecimiento “de estructuras de control en las que la vigilancia sobre nuestras vidas se justifica dentro del relato colectivo de que no puede quedar nada expuesto a la incertidumbre”. Detrás de esto, el causante y protagonista es el algoritmo, que gobierna y administra a su antojo el universo de los datos sobre el que trabaja, y que es un “legislador discreto que ejerce una soberanía *de facto* sobre la información que circula por internet”. Incluso tienen tal poder, los algoritmos, que no necesitan el monopolio estatal para garantizar la aplicación universal de sus normas. Algunos de ellos “han fabricado, incluso, los marcos culturales que definen nuestra vida cotidiana” (2019).

Un capitalismo digital en el que la experiencia del mundo está administrada por la cibernética; un capitalismo vinculado a la transformación/revolución digital, a la era de los objetos conectados gracias al internet de las cosas y al desarrollo “de una estructura de control y sobrevigilancia en tiempo real y de forma permanente sobre la realidad”. Este hecho debilita la libertad del ser humano al desple-

gar alrededor de él un entramado de aplicaciones de procesamiento masivo de datos que, además de saber todo de él, lo encamina hacia qué decisión adoptar de acuerdo con la información que tiene sobre sus deseos, decisiones y opiniones, que la propia persona ha dejado en internet. Este entramado genera un proceso de resignificación del ser humano al propiciar que se vivencie anteponiendo la experiencia de la conectividad digital a la comunicación emocional y dialógica, proceso que ha introducido cambios “profundos en la psicología humana que, además de alterar nuestra subjetividad, modifican los fundamentos mismos de la libertad”. Esta alteración provoca que estemos pasando de una libertad responsable, de ciudadanos autoconscientes y responsables del ejercicio de sus derechos, a otra asistida, una libertad maniatada, minorada y debilitada “por el manejo de dispositivos inteligentes y aplicaciones que están inoculando en la personalidad humana patrones potencialmente deterministas” y que incrementan el riesgo de que caigan los regímenes de democracia liberal y sus diseños institucionales de democracia liberal y de mercado.

Así está la situación en que el ciberleviatán y/o leviatán digital, convertido en un “Dios posmoderno”, en el nuevo sujeto político de la posmodernidad tecnológica, y concretamente en la proyección política de la voluntad “de poder de la técnica”. Dicho poder se

imponer como la solución más idónea para el tecnopoder global, ya sea en su versión china o norteamericana. Y ello tiene lugar en medio del colapso “de la capacidad de decisión de la democracia liberal” y del colapso del capitalismo social. Una democracia liberal en crisis, detrás de la cual está el determinismo tecnológico, el impacto de los datos, que son la nueva estructura del mundo y el vector del digitalismo, y las fuerzas que este libera a través de un capitalismo cognitivo, sin regulación y profundamente desigual. Ante este capitalismo liderado por las plataformas, la tarea del liberalismo consiste en recuperar su capacidad crítica si pretende liberar al ser humano de las circunstancias que lo esclavizan” (2019), unas circunstancias que esconden una nueva forma de opresión del ser humano “al propiciar la postergación del cuerpo, asistir la libertad y sustituirla por los algoritmos” (2019). El leviatán digital hace posible técnicamente lo que Lasalle (2021) denomina Ilustración Oscura, una realidad jerarquizada y en conflicto atroz entre amigos y enemigos; una realidad en la que la técnica es el poder que “hace posible una forma de despotismo basada en la autoridad irrefutable de los algoritmos y el *big data*. Un poder incipiente al que estorban la democracia y el liberalismo, ya que son condicionantes éticos que limitan una visión fáustica de la tecnología que exige que sean reseteados” (2021).

Ante este leviatán irresistible y asentado sobre un modelo de capitalismo de vigilancia y ante el tsunami populista que golpea la democracia liberal para instaurar un nuevo poder global, el liberalismo, según Lasalle (2021), debe renovarse y ser autocrítico ante el individualismo egoísta, ante el autoritarismo neoliberal empeñado en despolitizar el Estado para edificar un mercado total, ante la soberanía algorítmica que gestionan las corporaciones tecnológicas, ante un populismo cada vez más hibridado con un fascismo posmoderno que propaga la Internacional Reaccionaria. Un fascismo que, a diferencia del surgido en el periodo de entreguerras, no reclama “el Estado total sino un mercado total habitado por consumidores de contenidos y usuarios de aplicaciones. Un mercado total sin ciudadanía ni derechos”. Ante el fascismo, un liberalismo renovado ha de reclamar el derecho colectivo a la heterodoxia y el derecho individual a la diferencia como sustentos de una libertad cualitativa que es más necesaria que nunca, cuando el análisis masivo de datos trata de homogeneizarnos algorítmicamente y disolvernarnos en un todo que es una simple agregación de valor de nuestras preferencias. Hablamos, por tanto, concluye Lasalle (2021), “de una libertad orientada a la persecución del bienestar humano que no mide ni calcula en términos materiales, sino que valora y juzga en claves morales. Pero una libertad que

se proyecta a favor de un *ethos* cooperativo que implique a los otros porque nace de una predisposición reflexiva que lleva a entender que la personalidad individual no puede existir sin los demás". Se trata de pensar, a efectos de neutralizar al populismo, en una nueva formulación liberal que reactive la cooperación "entre las energías individuales y sociales que favorecieron la construcción del Estado social y democrático de derecho".

IGNASI BRUNET